

LA RELACIÓN DE MECHUACÁN*

José BRAVO UGARTE,
Academia Mexicana de la Historia

A PESAR DE SU IMPORTANCIA fundamental para la historia antigua y de la conquista de México, la *Relación de Mechucán* permaneció entre los manuscritos de la Biblioteca del Escorial, desconocida por tres siglos a eruditos e historiadores. “Hacia mediados del siglo XIX —escribe el Dr. Nicolás León— uno que otro bibliófilo la conocía y entre ellos nuestro D. José Fernando Ramírez, aunque por una copia incompleta. Otra copia, completa, del manuscrito original. . . poseía el coronel Peter Force, la cual actualmente se conserva en la Biblioteca del Congreso, en Washington. En ese lugar la conoció y utilizó el abate Brasseur de Bourbourg para redactar lo relativo a Michoacán en su *Histoire des Nations civilisées du Mexique et de l'Amérique Centrale*, impresa en París de 1857 a 1859.

Diez años después (1869), D. Florencio Janer publicaba el original escurialense de la *Relación* (junto con una obra de Motolinía) en el tomo LIII de la “Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España” que editaban en Madrid el marqués de Miraflores y D. Miguel Salvá. De esta edición se considera mera tirada aparte con portada nueva, la de Murillo, en Madrid, 1875.

Muy pronto y repetidas veces fue utilizada la edición de Janer: por Payno en su *Ensayo de una historia de Michoacán*, 1869, reimpresso en 1870; por Orozco y Berra en su *Historia Antigua y de la Conquista*, 1880; por Chavero y Riva Palacio en sus respectivos tomos, I y II, de *México a través de los siglos* (1883-1884), etcétera.

La mala transcripción de las palabras tarascas en la edición madrileña y su carencia de las láminas que ilustran el original,

* Análisis de la edición de Aguilar, Madrid, 1956.

movieron al Dr. León por 1888 a hacer una nueva edición, que corrigiera los errores de la primera y reprodujera las láminas. Utilizó para ella el texto y láminas de la copia de Force, de Washington, e inició la reimpresión de la obra en los "Anales del Museo Michoacano" (1888-89); mas su retiro de ese Museo y su salida de Morelia le impidieron terminarla. También quedó sólo comenzada otra reimpresión de Morelia, emprendida por el Lic. Mariano de J. Torres (1902) y anotada por el citado Dr. León, que no cejaba en su empeño. El año siguiente (1903) salió por fin la edición moreliana de la *Relación*, que costó el gobernador del Estado D. Aristeo Mercado y cuidó el nuevo director del Museo Dr. Manuel Martínez Solórzano. Sirvieron para ella el ejemplar impreso de Madrid que el Dr. León había hecho corregir de acuerdo con el manuscrito de Washington y las láminas de éste, copiadas por J. L. Ridgway. Esta edición de Morelia fue correcta en cuanto a las palabras tarascas y más fiel que la madrileña en la transcripción del texto original; pero modernizó con exceso el castellano, reprodujo las muy defectuosas láminas del manuscrito de Washington y retuvo, como éste y la edición de Madrid, el alterado ordenamiento de las partes de la *Relación* (la III antes de la II) del manuscrito original escurialense.

Por último, la casa Aguilar, de Madrid, hace en 1956 la reproducción facsímil del manuscrito del Escorial, con transcripción, prólogo, introducción y notas por D. José Tudela, director del Museo Etnológico de Madrid; revisión de las voces tarascas por D. José Corona Núñez, profesor de la Universidad de Michoacán y arqueólogo del Instituto Nacional de Antropología de México; y un estudio preliminar sobre "La Relación de Michoacán, como fuente para la historia de la sociedad y cultura tarascas" por D. Paul Kirchhoff, profesor de la Universidad de Washington.

Esta edición monumental y la *Relación* misma, son el objeto de este artículo, que comprende un breve estudio sobre la *Relación* y unas notas críticas sobre su reciente edición matritense.

EL MANUSCRITO O CÓDICE escurialense de la *Relación* ha sido estudiado y descrito por los agustinos del Escorial Manuel F. Miguélez, Mariano Gutiérrez Cabezón y Eusebio J. Zarco, y últimamente por D. José Tudela. Así ha quedado en claro: primero, que el códice está trunco, pues de la primera parte sólo tiene la última foja; segundo, que fue mal encuadernado, poniéndose la tercera parte antes de la segunda, como ya dijimos; y tercero, que la letra del texto (sin tener en cuenta las correcciones y adiciones) es de seis manos. Esto último prueba que el manuscrito escurialense es *copia*, o de un *borrador original* que sacaron en limpio los amanuenses, o de un *original definitivo*, punto que queda aún pendiente.

Otras cuestiones, también de *lo externo* de la *Relación* —su lugar de redacción, su fecha y su autor—, han sido estudiadas por muchos, especialmente por el Dr. León, y resueltas con mayor o menor probabilidad.

La *Relación* fue escrita en *Tzintzuntzan*, llamada siempre en ella “ciudad de Mechuacán” y contrapuesta a Pátzcuaro, llamada siempre “Pátzcuaro” en ella, como puede comprobarse en el índice toponomástico. Dice, pues, el prólogo dirigido al virrey Mendoza: “esta escritura y relación presentan a V.S. los viejos *desta* ciudad de Mechuacán, y yo también en su nombre, no como autor, sino como intérprete dellos” (p. 6).

Según la propia *Relación* (p. 7), ésta “se empezó en... nombre y por... mandamiento” del virrey Mendoza, quien lo dio “la primera vez” que estuvo en Michoacán, es decir, *a fines de 1539*. El virrey la recibió, concluida, en otra de sus visitas a Michoacán (*ibid*), probablemente a su regreso de la campaña de Nueva Galicia por enero de 1542. Pero estaba terminada *desde 1540 ó 1541*, según se interprete, tomando en cuenta los otros datos, la elástica expresión de uno de sus últimos capítulos (p. 264): “tomóse la primera casa, en la ciudad de Mechuacán, habrá doce años o trece”. El convento de Tzintzuntzan, primera casa franciscana en Michoacán, se fundó en 1527 después del capítulo de Huejotzingo, tenido ese mismo año; y los “doce años o trece” debieron de ser más bien *trece o catorce*, y en tal caso, fue *1540 ó 1541* el año en que se terminó la *Relación*.

Mayor dificultad ofrece precisar quién fue el autor de la *Relación* o intérprete de los viejos de la ciudad de Mechuacán. Parece cierto que fue un franciscano, pues de las dos órdenes misioneras que había entonces en Michoacán —franciscanos y agustinos—, sólo los franciscanos tenían casa en Tzintzuntzan, y franciscano es el religioso, de hábito gris ceniciento y cuerda con nudos, que presenta al virrey la *Relación* en la primera lámina de ésta. La cuestión queda así reducida a saber cuál de los primeros franciscanos de Michoacán fue el autor-intérprete de la *Relación*. Menciónase, de antiguo, a fray Martín de la Coruña (o de la Cruz, o de Chaves); y recientemente, por D. José Tudela, a fray Maturino Gilberti.

Nadie, sin embargo, entre los bibliógrafos, ha citado en la vasta producción de *fray Maturino* una obra histórica suya sobre Michoacán. Y ni su *Vocabulario* ni su *Arte* del tarasco confirman esta hipótesis, pues ni aparecen en esos libros muchas palabras tarascas de la *Relación* —como *petámuti*, *curuzétaro*, *angatácuri*, los nombres de los meses o fiestas, etc.—; ni la ortografía de ellas en la *Relación* —v. g. la de *Hetúcuaro*, *ocámbecha*, etc.—, es la usada por Gilberti.

En pro de *fray Martín de la Coruña* está el testimonio de Beristáin en su *Biblioteca*, en la cual dice de él, que “escribió: *Historia de Michoacán, costumbres y religión de sus naturales*, etc. MS”. Su testimonio queda debilitado por el dato que añade al decir que esa obra fue dedicada por fray Martín al virrey Gastón de Peralta, que llegó en 1566, después de la muerte de aquél, ocurrida —según Espinosa, *Crónica de la Prov.*, p. 137— por 1558. Más sería objeción es el elogio que, de fray Martín, hace la *Relación* en la página 264, llamándole “muy buen religioso”, pues no es de creer que el autor hiciese su propio elogio. La objeción sería concluyente si el elogio estuviese en el propio original; pero sólo conocemos una copia, y el elogio —dicen algunos— pudo ser una adición del copista. Fray Martín de la Coruña fue, ciertamente, el primer guardián y uno de los primeros custodios de su orden en Michoacán. Allá fue enviado con otros padres, a fines de 1527, por fray Martín de Valencia

cuando Tsintsicha había venido personalmente a México a pedir evangelizadores para su reino. Fray Martín fundó el convento de Santa Ana de Tzintzuntzan y fue el primer apóstol de Michoacán.

EN LA *Relación* misma hay que ver cuáles son sus partes y sus fuentes, y la influencia de éstas en su carácter local, de Tzintzuntzan; y las variantes gráficas en los vocablos tarascos.

Las *partes* de la *Relación* están indicadas en su prólogo. Son tres. La *primera* trata “de dónde vinieron sus dioses más principales y las fiestas que les hacían”. La *segunda* expone “cómo poblaron y conquistaron esta provincia los antepasados del Cazonci”. Y la *tercera* declara cuál era “la gobernación que tenían entre sí hasta que vinieron los españoles a esta provincia, y hace fin en la muerte del Cazonci”. De la primera parte —repetimos— sólo se conserva una foja, relativa a la fiesta de Sicuíndiro. La segunda es la más larga y comprende 158 páginas en la edición de 1956, de la 11 a la 169. La tercera, con 105 páginas (173-277), equivale aproximadamente a dos tercios de la segunda.

Varias son las *fuentes* de la *Relación*, indicadas en general en el prólogo, que dice que la obra se escribe “por relación de los más viejos y antiguos” de la provincia de Michoacán; y pide al virrey “haga cuenta que ellos la cuentan a Su Señoría Ilustrísima”. Más adelante, a lo largo del texto, se menciona expresamente, por su oficio o por su nombre personal, a algunos de esos viejos, que son: el *petámuti*, un sacerdote de Curicaueri y D. Pedro. A ellos hay que añadir al propio fraile, autor-intérprete de la *Relación*. Dado su carácter viviente e inmediato, las fuentes son de hecho, casi todas, otros tantos autores de la *Relación*.

Al *petámuti*, que era “un sacerdote mayor, sobre todos los sacerdotes, al que le tenían mucha reverencia”, corresponde casi toda la *segunda parte* (capítulos II-XXXII). A “un sacerdote de Curicaueri”, el penúltimo capítulo (XXXIV) de ésta. Y al *fraile autor-intérprete*, el capítulo primero y el último de dicha segunda parte.

Del mismo fraile son, en la tercera parte, los capítulos I-XIX, relativos al gobierno y al matrimonio de los tarascos, excepto el X, que cuenta "cómo se casó don Pedro" y corresponde a éste. De don Pedro es también casi todo el resto de la tercera parte (capítulos XX-XXIX). Don Pedro, apellidado Cuinierángari, era gobernador de Michoacán cuando se escribió la *Relación*. Fue testigo y actor en muchos de los acontecimientos referidos en los capítulos que le corresponden y fue aprehendido y atormentado, junto con el Cazonci, por orden de Nuño de Guzmán.

Al fraile tócale bien el nombre de autor-intérprete, pues fue ambas cosas en la *Relación*. Interpretó o tradujo lo más literalmente posible los textos tarascos, que forman gran parte de aquélla; pero fue también autor, investigando, sintetizando y redactando de propia cuenta otra importante parte, a base de las fuentes históricas tarascas. El fraile, sin embargo, se declara, hiperbólicamente, mero intérprete.

Dos ciudades, al menos, Tzintzuntzan y Hiuatsio, nunca llevan en la *Relación* esos sus nombres tarascos, sino los nahuas de Mechuacán y Cuyacán respectivamente. Esto se puede comprobar en el índice toponomástico de la edición de Aguilar, cuyas referencias a Tzintzuntzan y Hiuatsio son siempre para las notas y nunca para el texto. Este hecho revela ya el carácter local, tzintzuntzaniano, que quisieron hacer resaltar en la *Relación* los viejos de Tzintzuntzan. La razón parece encontrarse en el apasionado pleito que los de Tzintzuntzan sostenían entonces contra Don Vasco de Quiroga y los de Pátzcuaro (y más tarde contra los de Valladolid) por que Tzintzuntzan fuese "la cibdad de Mechuacán"; pleito del que publicó los documentos favorables a Tzintzuntzan el P. Beaumont en su *Crónica* (II, pp. 375 ss.), y los favorables a Pátzcuaro el Dr. León en su *El Ilmo. Sr. D. Vasco* (pp. 210 ss.) Al carácter local de la *Relación* débese también, que sus datos sobre Tzacapu, Pátzcuaro y otros importantes lugares sean mucho más escasos que los de Tzintzuntzan.

Las variantes gráficas en los vocablos tarascos, sobre todo toponímicos, merecerían un estudio monográfico, con conocimiento no sólo del tarasco sino de la geografía local. Algunas

se deben, sin duda, a la variante pronunciación de los mismos informantes tarascos. Y otras, a los copistas: bien fuese por error, descuido o mero *lapsus cálami*; bien porque la ortografía tarasca estaba aún en formación. *Lapsus cálami*, v. g., debe de ser el *Hireticitáme* (p. 15), escrito siempre, antes y después, Hireticitáme. *Descuido*, el *piquata consquaro*, metátesis de *pitaqua c.*, ya que sólo *pitaqua c.* corresponde a la traducción "flechas" que da la misma *Relación*. Variantes, en fin, de la ortografía tarasca aún no fijada, pueden considerarse el empleo u omisión de la *h* en voces que no la tienen o que deben llevarla, como *Hetúcuaro* por Etúcuaro, y *Cuerauáperi* por Cuerauáhperi; y el uso de la *ç* y *z* en vez de la *ts* y *tz*, que no se emplean aún en la *Relación*.

Gilberti, autor de la primera *Arte* tarasca (1558), crea en ella la ortografía de este idioma. Redactando el prólogo, dice: "He acordado de hacer y ordenar, lo mejor que me ha sido posible, esta artezica, en la cual va reformado y emendado, en los vocablos y ortografía, lo que hasta agora ha sido mal puesto en las escripturas de mis antecesores." Y en sus avisos y reglas llama la atención sobre la diferente pronunciación y diferente significado que dan a los vocablos las letras *ç*, *z*, *ts*, *ths* y *thz*, poniendo los correspondientes ejemplos.

GRACIAS A LA EDICIÓN de Aguilar (Madrid, 1956), el original de la *Relación de Mechuacán* está hoy, en copia facsimilar, al alcance de mayor número de estudiosos. No muchos, sin embargo, pues su alto precio y reducido número de ejemplares (sólo 500) hacen de éste, un libro raro y precioso.

Su gran formato (50 × 35 cms.) permite poner en una sola página el facsímil del manuscrito, su transcripción y las notas e ilustraciones correspondientes. Es cómodo, así, para el estudio de cada página de la obra; pero no lo es para un estudio conjunto de toda ésta, sobre todo si, como en esta edición, las grandes hojas están sueltas. Más práctico hubiera sido dividir la obra en dos tomos: uno, con la mitad superior de las páginas (manuscrito y transcripción), y otro con la inferior (notas e ilustraciones); y en ellos, en su propio lugar, el resto (prólogo, estudios preliminares, índices). El *Códex Men-*

doza, más conocido entre nosotros por *Códice Mendocino*, fue editado en tres tomos, de fácil manejo, por James Cooper Clark en Londres (1938).

Prólogo, introducción, transcripción y notas estuvieron a cargo —según dijimos al principio— de D. José Tudela, Director del Museo Etnológico de Madrid, quien revela en su trabajo, erudición y competencia.

Principal parte de esta obra es *la transcripción* del manuscrito escurialense. “No se ha hecho —dice el Sr. Tudela— con rigurosa fidelidad, pues se han deshecho algunas abreviaturas sin el uso de corchetes y se ha modificado ligeramente la ortografía... sin alterar el arcaísmo de las palabras” (p. XVII). E indica en seguida las normas de ortografía castellana y tarasca que siguió en la transcripción.

El texto mejoró notablemente, en fidelidad y puntuación, los de las anteriores ediciones. Hay, sin embargo, erratas de imprenta; y una ortográfica, que no sólo altera el sentido sino la correcta grafía del manuscrito: “mirá, caciques, que *no os halláis* como de burla en esta guerra” (p. 195, lín. 14, repetida en la lín. 27), por *no os hayáis* (del verbo reflexivo “haberse” en su acepción de “portarse”).

No consideramos acertada la puntuación en algunos pasajes. Por ejemplo:

Y de contino trujeron aquí (a Pázcuaru) sus ofrendas. Aunque se mudó la cabecera a otra parte, aquí había tres cúes... (p. 35 lín. 8 ss.)

La puntuación correcta parece ser ésta:

Y de contino trujeron aquí sus ofrendas aunque se mudó la cabecera a otra parte. Aquí había tres cúes...

En otro pasaje es más claro aún el desacierto:

Muchos somos. Ahí está un prncipal llamado Cuetze y Casimato y Quiriqui..., que son valientes hombres de los nuestros y de los isleños; ahí están Zapiuátame y... (p. 146, lín 21 ss.)

Por la misma *Relación* (p. 116 ss.) consta que Zapiuátame y demás eran *isleños*. Por consiguiente, la puntuación correcta es ésta:

...que son valientes hombres de los nuestros; y de los isleños ahí están Zapiuátame y...

En los vocablos tarascos sobre todo convenía absoluta fidelidad en la transcripción, conservando las variantes del manuscrito, sin reducirlas a una sola forma —tal vez discutible— en aquélla.

En las notas, junto con las atinadas observaciones y noticias que reúnen en ellas el anotador, hay inexactitudes. Mencionaremos las siguientes:

“El nombre de *Mechuacán* se cambió por *Michoacán* en acatamiento a la Real Cédula expedida en Palencia (España) por los reyes Carlos V y su madre Doña Juana, a 28 de septiembre de 1534. Con motivo del cambio de la sede episcopal a Pátzcuaro, vino el llamarse esta ciudad también Michoacán” (p. 1, nota 2).

La citada cédula, que copia Beaumont (II, p. 377), no trató de cambiar el nombre de Mechucacán por el de Michoacán, sino de que los indios de esa provincia, “que viven fuera de poblado, *se junten en un pueblo...*, que se llame e intitule Ciudad de Michoacán”. Don Vasco de Quiroga, oponiéndose los de Tzintzuntzan, lo estableció en Pátzcuaro, donde siguió usándose, preferentemente, el nombre de Ciudad de “Mechuacán”. La inscripción más antigua (1553) de Pátzcuaro, en el pedestal de la Cruz del Humilladero, dice: “Éstas son las armas (grabadas al centro de la inscripción) que dio el Rey a esta Ciudad de Mechucacán.” Y la forma “Mechucacán” siguió usándose por mucho tiempo aún, como puede verse en los documentos antiguos.

“Sus habitantes (de Michoacán) eran conocidos más comúnmente, y tal vez con mayor propiedad, con el nombre de *purépechas*” (*Ibid.*) Sólo recientemente, y con manifiesta impropiedad, se ha llamado purépechas a los tarascos, ya que dicha palabra significa sólo “maceguals, la gente común” (Gilberti: *Vocabulario*, p. 94).

“Cutu” significa tortuga (Gilberti, *Ibid.*, p. 499), y no es “corrupción de *Cutio* o *Cutzio* = “lugar de la luna”, como se dice citando a Ruiz (p. 134, nota 11).

Otra cita, de "E.H.E.P." (?), sobre el Humilladero de Pátzcuaro, como lugar que marca "la sumisión del monarca y reinos tarascos al monarca español", se hace (p. 260, lín. 23) a propósito de algo que dijo Olid al Cazonci "en la cibdad", es decir, en *Tzintzuntzan*. La *Relación* no habla para nada de una entrevista de aquéllos en Pátzcuaro, que carece de fundamento histórico.

Para el anotador "nauatlatos" son los que saben hablar nahua (p. 269, nota 22). Y en ese sentido lo emplea a veces la *Relación*, pero en estas páginas significa siempre "faraute o intérprete", única acepción que le da Molina al vocablo "nauatlato" en su *Vocabulario* en lengua mexicana y castellana. Así lo usa la *Relación* (p. 277, lín. 5) cuando llama a uno "nauatlato de la lengua de Mechuacán".

"Los nauatlatos a quienes echaron prisiones" (p. 274, lín. 5), no eran "Pilar, Godoy y Ortega", como dice la nota correspondiente, sino "un nauatlato de la dicha cibdad de Mechuacán, que se dice Ávalos, e otro con él, que se dice Juárez" (PILAR, *Relación de la entrada de Nuño de Guzmán*, p. 250). Ávalos y Juárez eran los intérpretes del Cazonci y vecinos de Tzintzuntzan, como declaró el autor de la *Cuarta Relación* (p. 464).* Pilar y Godoy, en cambio, eran españoles, que sirvieron de verdugos para los tormentos.

En la nota a la línea 21 de la página 273, opina el Sr. Tudela, que Ávalos y D. Alonso eran dos soldados de Nuño de Guzmán (no sabemos quiénes son), que denunciaron las atrocidades de su jefe a fray Martín de Chaves; y que Ávalos acaso sea el que dio su nombre a las tierras de Ávalos. Sabemos, sin embargo, quienes son: Ávalos, el indio intérprete del Cazonci del que tratan los documentos anteriormente citados; y D. Alonso, el yerno del Cazonci, según atestiguan esos mismos documentos.

La *introducción* contiene un excelente estudio del *códice* (sobre su papel, filigranas, letra, correcciones y tachaduras);

*Ambas Relaciones están en Icazbalceta, *Colec. de Doc. para la Hist. de Méx.*, t. II, México, 1866. El nombre indígena de Juárez era *Cuiçique* y el de Ávalos *Acanyante* (*Proceso contra Tzimtzicha*. México, 1952, pp. 59 y 61).

de la obra (fecha en que se hizo, autor, estilo, pinturas; y, a propósito de éstas, sobre las casas, templos, instrumentos musicales, vestido, calzado, muebles y utensilios de los tarascos, tal como se ven en las láminas); y finalmente, de las ediciones de la *Relación*.

El *Diálogo de Doctrina Christiana en la lengua de Mechucán*, de Gilberti, es de 1559, y no de 1539, como se dice en la página IX dos veces.

Por distracción llama el Sr. Tudela “fiesta de Sicuñdiro”, en el Prólogo, a la de Equata Cónscuaro; y, explicando la lámina 1, página 1, designa a Don Pedro Cuiniarángari como “el tantas veces citado en la *Primera Parte* de la *Relación*”, refiriéndose sin duda a la colocación que tiene en el Códice del Escorial, por error de encuadernación que el mismo señor Tudela corrigió, la *Tercera Parte*, que es donde se cita muchas veces a Don Pedro.

Importante, y muy bueno también, es el “Estudio Preliminar” del Dr. Paul Kirchhoff, verdadera autoridad en asuntos culturales mesoamericanos. Tiene, con todo, algunas inexactitudes.

El fraile, autor-intérprete de la *Relación*, dice el Dr. Kirchhoff (p. XX): “se abstiene por completo de hacer referencias a la religión cristiana y a la iglesia católica”, observación que él aplica a toda la *Relación* y de la que deduce que “no sería fácil adivinar por el texto” que su autor fuese un fraile. La observación es exacta respecto de la Segunda Parte, pero no de la Tercera, donde hay varios pasajes referentes a la religión cristiana. En la p. 218, por ejemplo, hablando la *Relación* del matrimonio de los tarascos, dice:

Uno tuvo una mujer *en su infidelidad*, con la cual casó, y antes que muriese, prometió a otra casamiento y tuvo cópula con ella. Murió su mujer: no se puede casar después de *cristiano* con la que prometió.

“Parece —dice también el Dr. Kirchhoff (p. XXIV)— que la diosa *Cuerauáperi* llegó a formar parte del pensamiento religioso de los chichimecas (tarascos) sólo desde el momento en que fue conquistada la lejana región de Tzinapéquaro y

Aará, al Sur del Lago de Cuitzeo, donde se encontraban los grandes santuarios de esa deidad. . . Así se explica, probablemente, que el sacerdote mayor. . . la mencione una vez muy al principio (p. 17) como deidad chichimeca, equivocadamente, según creemos nosotros, pues *fuera de este caso único*, su nombre no ocurre en aquellos capítulos en que se describen la cultura y religión chichimecas, todavía más o menos puras." No se ve por qué ha de ser mención equivocada de Cuerauáperi, la hecha por el sacerdote mayor en la página 17, pues esa mención se repite en las páginas 47 y 77, y se la había hecho anteriormente en la perdida Primera Parte, ya que, refiriéndose a Cuerauáperi, dice el único folio que de esa Parte subsiste: "decían que era madre de todos los dioses de la tierra. . . , *como se ha contado en sus fábulas*".

A propósito del cu erigido por Hireti-ticátame en Zichaxúquaro, que el Dr. Kirchhoff considera conjeturalmente como fenómeno de transculturación o interculturación, es decir, como algo aprendido por el chichimeca Hireti-ticátame de la señora de Naranxan, con la que había casado, y de la gente del pueblo de ésta, pregúntase el Dr. Kirchhoff (p. XXVI): "¿no habrá instigado y organizado su construcción la señora de *Naranxan* y la gente de su pueblo. . . ?" La respuesta es negativa, pues antes de establecerse en Zichaxúquaro, en su primer asiento del monte Uiringuaran-pxeo, ya tenía cúes Hireti-ticátame, el cual dice: "yo con mi gente ando trayendo leña para los cúes" (*Relac.*, p. 17, línea 6 ss.)

Por último, "las minas de cobre en el actual municipio de Santa Clara del Cobre" (p. XXIX), no existen ni han existido. Como dice el canónigo Romero: "El Ilmo. Sr. Quiroga erigió el curato y asignó a sus vecinos el oficio de *caldereros de cobre*, por cuyo motivo se le llamó *Santa Clara de los Cobres*. Éstos se traen de Churumuco y de Inguarán, se funden y refinan en Santa Clara, y ahí mismo se labran toda clase de piezas (de cobre) con bastante perfección. De toda la República acuden a Santa Clara por manufacturas de este metal. . ." (*Noticias para formar la Historia y la Estadística del Obispado de Michoacán*, p. 84).

BIBLIOGRAFÍA

- BEAUMONT, Pablo de la P. C.: *Crónica de Michoacán*. México, 1932. 3 vols.
- GILBERTI, Maturino: *Arte de la lengua de Michuacán*, 2ª ed., México, 1898.
- : *Diálogo de Doctrina Christiana en la lengua de Mechuacán*, México, 1559; *Vocabulario en la lengua de Mechuacán*, 2ª ed., México, 1901.
- GUTIÉRREZ CABEZÓN, Mariano: *Manuscritos escorialenses relativos a la historia de América*, El Escorial, s. a. [1920-1925] 72 pp.
- LEÓN, Nicolás: "La Relación de Michuacán", *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, t. I, N^o 5, sept.-oct. 1927; *El Ilmo. Sr. D. Vasco de Quiroga*, México, s. a. [1903].
- MIGUÉLEZ, Manuel F.: *Catálogo de los códices españoles de la Biblioteca del Escorial. Relaciones históricas*. Madrid, 1917-1925. 2 vols.
- ROMERO, J. Guadalupe: *Noticias para formar la historia y la estadística del Obispado de Michoacán*. México, 1862.
- ZARCO, Eusebio J.: *Catálogo de manuscritos castellanos de El Escorial*. Madrid, 1924-1929. 3 vols.